

Hacia una teoría latinoamericana de las ciencias sociales del desarrollo

ANTONIO GARCIA

¿PUEDE EXISTIR UNA CIENCIA SOCIAL LATINOAMERICANA?

Uno de los más peligrosos y difundidos mitos de las ciencias sociales consiste en la creencia de que la teoría científico-social es *absolutamente universal* y de que su validez desborda el marco de los espacios culturales y de los procesos históricos. Desde luego, este mito reviste la mayor peligrosidad —desde el punto de vista de los países atrasados y dependientes— en el caso particular de la ciencia económica, en cuanto ésta se relaciona con los problemas de la riqueza, de la propiedad, de la distribución de los ingresos, de la acumulación y de la inversión,

ocultando sutilmente su trasfondo ideológico en las diversas formas que reviste la *racionalización científica*. Este hecho explica el que todavía hoy se considere, en ciertos círculos académicos de América Latina, que la economía clásica liberal no es una racionalización de los problemas, experiencias e intereses de la Inglaterra de fines del siglo XVIII o de los primeros decenios del XIX, sino la ciencia económica misma. Semejante proceso de mistificación fue posible en razón de que América Latina —salida de la más burda y más atrasada escolástica— no ha ganado la capacidad crítica de descubrir el trasfondo ideológico de la teoría económica o de separar el método de análisis del cuerpo de conclusiones.

En Adam Smith, en David Ricardo o en Carlos Marx, se ha tomado más el *cuerpo de doctrina, el resultado de la aplicación del método* —análisis, ordenamiento, interpretación— que el método mismo. Así llegaron la economía clásica liberal o la economía marxista a América Latina como una *dogmática*, antes que como un método de pensamiento científico. Y si no podían separarse método y "cuerpo de doctrina", instrumento analítico y resultados de su aplicación dentro de un cierto contexto histórico, no se hacía posible una utilización científica del método dentro de contextos históricos tan radicalmente diferentes como los que han caracterizado a los países latinoamericanos y resultaba inevitable la transformación del *cuerpo de conclusiones* en una masa intocable y sacralizada del conocimiento social. La *riqueza de las naciones* de Adam Smith o los *Principios de economía política y tributación*, de David Ricardo, así como más tarde la obra teórica de Keynes sobre el problema del empleo dentro de la economía capitalista de poscrisis, no estimularon el pensamiento crítico sino que constituyeron los nuevos componentes de una Iglesia universal cuyos centros rectores se han localizado en Inglaterra y Estados Unidos, sucesivamente. Semejante concepción absolutista de la ciencia social o de la teoría económica, ha hecho imposible comprender, en América Latina, el alcance de las *reflexiones críticas* de los grandes maestros contemporáneos formados en el propio ámbito de la sociedad capitalista, como Keynes, Schumpeter, Myrdal o Joan Robinson. "La teoría económica —dice Keynes y lo reafirma Rostow en *El proceso de desarrollo*—¹ es un método más bien que una doctrina, un aparato mental, una técnica de pensamiento más bien que un cuerpo de conclusiones establecidas." Desde luego, el primer problema que se plantea en relación con la teoría económica —o con cualquier forma del pensamiento científico social— es el de saber en qué clase de método de pensamiento se fundamenta, ya que existen métodos dinámicos y métodos estáticos, métodos que integran los aspectos cuantitativos y cualitativos de los fenómenos y métodos que reducen el conocimiento a las descripciones formales o a las mediciones cuantitativas, métodos que van de la realidad social e histórica a los esquemas mentales y métodos que van de los esquemas mentales a la realidad social o histórica, métodos absolutistas y métodos dialécticos.

El trasfondo escolástico y absolutista del pensamiento latinoamericano posterior a la guerra de independencia, explica su incapacidad de utilizar las herramientas metodológicas en el análisis de los fenómenos y procesos históricos peculiares de los países atrasados y dependientes, esto es, sociedades localizadas en la periferia de la constelación capitalista. La teoría smithiana de la división internacional del trabajo —que se fundamenta en la concepción de un sistema de relaciones internacionales de intercambio en el que la nación dominante "se especializa" en la producción y exportación de manufacturas industriales y tecnologías de elevada densidad de valor, mientras que los países atrasados de la periferia "se especializan" en la producción y exportación de productos primarios— no es sólo el resultado de la aplicación de un método científico de conocimiento a una cierta realidad concreta, sino que es también la *racionalización de una ideología de dominación* en la que se expresan los intereses, las aspiraciones y el sistema de valores de la Inglaterra imperial de finales del siglo XVIII y principios del XIX. La propagación de la teoría clásica liberal de la división internacional del trabajo hizo posible que las *élites* intelectuales, burguesas y latifundistas de América Latina, creyesen —de acuerdo con los dogmas de la teoría clásica del comercio internacional— que era "una ventaja comparativa" el continuar

especializándose en la producción y exportación de productos primarios e importando bienes suntuarios, manufacturas de consumo, capitales y tecnologías desde la nación metropolitana. En última instancia, lo que estas *élites* no han alcanzado a descubrir, es que por medio de semejante teoría América Latina estaba adoptando —y alienándose— las líneas ideológicas de la nación dominante, perdiendo toda capacidad de analizar y comprender los problemas del atraso y la dependencia y aceptando implícitamente el dogma de que para los países atrasados es una "ventaja comparativa" el continuar siendo atrasados.

A esta alienación ideológica le debe América Latina el que sus problemas estructurales sólo hubiesen empezado a plantearse con posterioridad a la gran depresión de 1930, retrasando históricamente las posibilidades de su desarrollo. Alienada a los mitos de la nación dominante, las *élites* latinoamericanas no han podido reconocer, en la trama de la teoría económica clásica, lo que hay de ciencia y lo que hay de ideología, lo que hay de formulación teórica y lo que hay de expresión de los intereses metropolitanos. Ha sido necesario que uno de los últimos grandes pensadores de la economía liberal —como Myrdal— haya emprendido la desmistificación de la teoría clásica (iniciada desde el siglo XIX por las corrientes críticas del marxismo), para que el pensamiento latinoamericano se haya abierto a la puesta en cuestión de lo que hasta ahora se consideró como un *cuerpo sacralizado de dogmas*. La teoría económica —dice Myrdal—² "es en gran medida una racionalización de los intereses que predominan en los países industrializados, en donde aquélla se inició y fue desarrollada más tarde. En principio, la teoría económica, no se ha ocupado de los problemas de los países subdesarrollados y si, no obstante, se le aplica indiscriminadamente a esos problemas, resulta inadecuada". "Gran parte de la asistencia que se ofrece a esos países subdesarrollados en materia de comercio y pagos, tiene el mismo débil fundamento dentro de una teoría que no es adecuada para los problemas de esos países. En realidad —agrega el economista sueco—³ ni la teoría del comercio internacional, ni la teoría económica general fueron concebidas nunca para explicar las realidades del subdesarrollo y desarrollo económicos". Oskar Lange —el brillante economista del marxismo polaco— ha precisado, en su *Economía política*, la *naturaleza particular* de la economía política clásica, en cuanto ésta sólo expresa la experiencia histórica y los problemas de un cierto tipo de sociedad: la sociedad capitalista. Su *universalidad*, como teoría científica, se circunscribe al contexto histórico que expresa. "Es necesario hacer constar —dice Lange—⁴ en lo que se refiere a la división de la economía política en sus partes que corresponden a las diversas formaciones sociales, que, por ahora al menos, la única rama de estas economías que se halla totalmente desarrollada es la que estudia el capitalismo. La economía política clásica se limitaba solamente a estudiar el modo de producción capitalista; y las diversas formaciones precapitalistas representaban para ella, según la expresión de Marx, 'algo así como lo que para los Padres de la Iglesia, v.gr. las religiones anteriores a Cristo'." No existiendo sino estudios fragmentarios sobre diversos tipos de economía precapitalista, Lange concluye que "la economía política de las formaciones sociales anteriores al capitalismo, como ramas sistemáticamente estudiadas de la economía política, no existe aún".⁵ Es necesari-

1 Walt W. Rostow, *El proceso de desarrollo*, edic. poligráfica, Buenos Aires, 1964, p. 362.

2 *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1950, p. 115.

3 Myrdal, *op. cit.*, p. 19.

4 *Economía política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p. 90.

5 Lange, *op. cit.*, p. 92.

rio, entonces desde la perspectiva peculiar de los países atrasados y dependientes, dilucidar, críticamente, estas tres cuestiones básicas:

- a] la de cuál es la *verdadera naturaleza* de la teoría científico-social, en general y de la teoría económica en particular;
- b] la de cuáles son las relaciones entre teoría científico-social e ideologías sociales, y
- c] la de cuáles son las grandes categorías históricas de las ciencias sociales en un universo dividido entre grandes circuitos o áreas: el de las *formaciones capitalistas*, el de las *formaciones socialistas*, y el de las *formaciones características* de los países atrasados y dependientes.

¿Puede continuar hablándose de unas ciencias sociales *únicas, universales, puras*, por encima del contexto histórico de unas sociedades que están constituidas como formaciones capitalistas, socialistas o articuladas a los diversos tipos de la *economía natural*, de la *economía señorial* o del *capitalismo dependiente*?

NATURALEZA DE LA TEORÍA CIENTÍFICO-SOCIAL

En última instancia, la *ciencia social* está constituida por dos elementos: un método —de investigación, de análisis, de ordenamiento, de interpretación— y unos *resultados* de la aplicación del método. Uno de los más graves errores cometidos en el ámbito de diversas corrientes de pensamiento —en países cuyo atraso cultural se expresa en la falta de una conciencia crítica— ha consistido en no ver y comprender estos elementos como expresiones de una realidad histórica (tiempo y espacio), asignándoles unos valores absolutos. *El método* aparece así como un *recetario artificial y abstracto acerca de las formas del conocimiento social y los resultados de su aplicación como una dogmática*. Este hecho explica la *naturaleza eclesial* y esotérica de las obras maestras que han formulado tanto la teoría científica ortodoxa (en cuanto proyecta la problemática, experiencias y condiciones históricas de las formaciones capitalistas) como las teorías heterodoxas o heréticas (en cuanto expresan ideologías revolucionarias y anticapitalistas). El liberalismo llegó a América Latina como una dogmática —con un elenco de valores intocables, de Adam Smith o Rousseau a los apologeticos Say o Bastiat— pero el marxismo también. Sin una capacidad de comprensión del marxismo como *método crítico de pensamiento*, la "inteligencia" herética de América Latina, después de la primera posguerra, sólo podía tomar al marxismo como un *cuerpo intangible de dogmas*, resultado de la aplicación del método en las formaciones capitalistas más desarrolladas. Así se configuró el fenómeno de la transfiguración de un pensamiento crítico en una escolástica de izquierda.

Ahora bien: una teoría es una estructura conceptual que resulta de aplicar un método a un cierto repertorio de problemas, experiencias y procesos históricos estrictamente definidos en el tiempo y en el espacio. Es una burda falacia la de asignar a la teoría —en cuanto respuesta y proyección de una praxis, de un contexto, de una circunstancia histórica— una *universalidad absoluta*, esto es, aquella que trasciende y desborda los marcos de un cierto contexto de tiempo y espacio. La teoría clásica del comercio internacional, por ejemplo, no tiene otra universalidad que la comprendida en el ámbito de las formaciones capitalistas y en particular la relacionada con un ordenamiento clasista de las naciones (naciones hegemónicas y naciones dependientes o países

del centro y de la periferia de acuerdo con el *esquema de la CEPAL* de las relaciones internacionales de intercambio).

El haber atribuido a esa teoría una universalidad absoluta y el haber aceptado la idea de que el libre comercio genera unas tendencias al equilibrio y a la igualación del ingreso, ha desguarnecido teórica y políticamente a los países atrasados y ha estimulado una más desigual distribución de los recursos originados en el sistema de relaciones internacionales de intercambio, profundizando aún más la brecha que separa a los países del centro y a los de la periferia. En razón de que la teoría clásica del comercio internacional oculta o disfraza el carácter de las relaciones internacionales de intercambio dentro de la economía capitalista —en cuanto estructura de explotación y dependencia— desempeña una función de pieza maestra de esa estructura, amparando la constante transferencia del excedente económico desde la periferia satelizada al centro del sistema colonial, mecanismo que explica tanto la incapacidad estructural de desarrollo de los países dependientes como el creciente enriquecimiento de los centros metropolitanos. "El resultado normal del libre comercio entre los dos países, uno industrializado y el otro subdesarrollado —dice Myrdal—⁶ es la iniciación de un proceso acumulativo que tiende al empobrecimiento y estacamiento del segundo."

En cuanto la teoría clásica de la economía política *racionaliza, generaliza o universaliza* el interés particular de una clase y de un imperio, sirviéndose de abstracciones o representaciones deformadas, es ideología.⁷ En este sentido histórico, lo ideológico constituye ese tipo singular de envoltura que mistifica y *oscurece* (en el sentido que le dio Marx) la teoría científica, atribuyéndole una *racionalidad* o una *universalidad intemporales, ahistóricas y absolutas*. La posición crítica de las ciencias sociales en América Latina, debe consistir —en una primera instancia de evaluación o reformulación de la *teoría clásica*, inglesa o norteamericana— en el descubrimiento objetivo de los mitos, las representaciones o los elementos ideológicos sobre los que descansa aquella teoría, *asignándole la universalidad relativa y el valor histórico que realmente tiene*. Este debe ser el punto de partida para un reexamen crítico de los grandes maestros de las ciencias sociales en el mundo contemporáneo —dentro del marco histórico del capitalismo—, bien se trate de Adam Smith, de David Ricardo, de Proudhon, de Augusto Comte, de Federico List, de Keynes o de Schumpeter.

RELACIONES ENTRE LA TEORÍA CIENTÍFICA Y LA IDEOLOGÍA EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Por lo mismo que la teoría científica social es una respuesta a una problemática específica de tiempo y espacio, conserva y racionaliza, en su trasfondo y en su proceso, un cierto sistema de valores, de intereses, y de aspiraciones sociales. La teoría clásica liberal, por ejemplo, proyecta y racionaliza el sistema de valores de la sociedad capitalista inglesa, en relación con problemas como el de la propiedad sobre la tierra y los medios de producción, el del ahorro, el de la división del trabajo o el de las relaciones internacionales de intercambio. Ese sistema de valores —creencias, aspiraciones, intereses—, no constituye por su naturaleza, una teoría científica, sino una ideología. Lo que equivale a decir que la ideología aparece como un trasfondo de la teoría científico-social, en cuanto ésta expresa una *circunstancia histórica definida en el tiempo y en el espacio*. En

6 Myrdal, *op. cit.*, p. 115.

7 Ver Henri Lefebvre, *Sociología de Marx*, Península, Barcelona, 1969, p. 61.

términos estrictos, si bien existen ideologías sociales sin una teoría científica social, no existe una teoría científico-social sin una ideología, por lo menos mientras existe un universo escindido en países imperiales y países satelizados o colonizados o una sociedad desgarrada en clases antagónicas. La ideología de las naciones dominantes o de las clases dominantes es la *sustancia mistificadora* que impide a los países colonizados o a las clases socialmente sometidas, *ver* y comprender la realidad del mundo en que viven, atribuyendo al *orden natural* su empobrecimiento, su atraso y su dependencia. El concepto de una "ciencia social pura" despojada de todo trasfondo ideológico, es un simple artificio conceptual y carece de significado teórico en el campo de las ciencias sociales. En su *Economía política* Oskar Lange afirma que "las ciencias sociales forman parte de la ideología peculiar de una formación [históricamente] dada; tienen —por decirlo así— carácter *ideológico*".⁸

"El método científico —dice Rodolfo Bledel—⁹ no ha podido liberarse de la impronta ideológica. El método científico, aplicado a las ciencias sociales y a la ciencia económica en particular, encuentra un objeto sumamente complejo y dinámico, debido al cúmulo de intereses materiales y culturales que lo componen y a las interacciones que entre estos intereses existen. El método, por supuesto, asume el rigor lógico que le es propio, pero debe partir de ciertas hipótesis o consideraciones preliminares que suponen la prevalencia de unos intereses materiales y culturales sobre otros. El método, en efecto, se apoya en determinados juicios de valor que integran la *visión* que el estudioso de la ciencia social posee de la materia." Esta óptica valorativa o *visión* fue definida por Schumpeter¹⁰ como ese acto *preanalítico* que antecede necesariamente a toda conceptualización y a toda investigación de procesos regulares, empíricos o deductivos. La señora Robinson la ha concebido como una *premisa metafísica* de todo proceso de conceptualización y análisis. Lo esencial es que, con una denominación u otra, son éstos los elementos que configuran el trasfondo ideológico de la teoría científico-social.

La ecuación teoría científica/ideología sólo puede ser analizada y comprendida por medio del *sentido totalizante* que caracteriza a un método dialéctico. En definitiva, esta ecuación descansa sobre la interrelación entre *saber objetivo* e *infraestructura subjetiva*, entre realidad y representaciones o imágenes destinadas no sólo a *proyectarla sino a transformarla*. Si la teoría científica se concibe como una expresión del saber objetivo —la *mirada objetiva* que pretende contemplar la naturaleza o la sociedad tal como *son absolutamente*—¹¹ la ideología puede analizarse, históricamente, de dos maneras: *como un método de mistificación y oscurecimiento de la realidad histórica* o *como una afirmación subjetiva del hombre en cuanto no se limita a ver la realidad sino que expresa su decisión de transformarla*, de acuerdo con un sistema de valores y a una imagen de la sociedad que aspira a crear. En el primer caso, la ideología persigue opacar o enmascarar la realidad, sustituyendo

el conocimiento racional por *una apariencia*:¹² la visión ilusoria es fundamental en la construcción del mito y en la *alienación* de las naciones y de las clases sometidas a procesos de dominación y dependencia. En el segundo caso, la ideología no es un elemento que tienda al oscurecimiento o mistificación de los procesos —deformando la teoría científica— sino un *modo de expresión* de la conciencia social en cuanto afirma *las aspiraciones, el voluntarismo, la decisión de un cierto hambre de actuar sobre las fuerzas y materiales de la historia*. Es a partir de ahí —como dice Lefebvre—¹³ que "es imposible sostener que toda ideología es totalmente ilusoria. El fundamento de la ideología se desplaza. No se trata ya, con los colores de la historia, de una especie de destino ontológico que obliga a la conciencia a diferir del ser. El fundamento se convierte en algo verdaderamente histórico y sociológico: se trata de la división del trabajo y, también, del lenguaje". En este sentido se menciona la ideología proletaria o la ideología de los países dependientes en cuanto expresa su decisión de *conocimiento crítico* y *de acción* sobre la historia, esto es, ideologías socialistas o comunistas.

Esta concepción histórica de la ideología permite llegar a dos conclusiones generales: la primera es que toda idea de que pueda existir una teoría científico-social sin ideología, es una abstracción ahistórica y puramente racionalista; y la segunda consiste en que es precisamente la ideología la que ha de caracterizar la naturaleza beligerante y dinámica de las ciencias sociales en América Latina o en los hemisferios atrasados y dependientes, en cuanto ha de transformarlos en *ciencias sociales de desarrollo*, esto es, en instrumentos conceptuales destinados a descubrir críticamente las estructuras y relaciones de dominación y dependencia (en el ordenamiento social interno y en el ordenamiento internacional) y a proyectar las políticas o estrategias de liberación social y de desarrollo independiente.

Desde el punto de vista de los países atrasados y dependientes, este hecho reviste la mayor trascendencia teórica y práctica, ya que ha hecho posible la *desmitificación de las ciencias sociales* por medio del descubrimiento de su falsa universalidad (en cuanto se fundamenta en la equiparación del sentido y alcances de la universalidad en las ciencias sociales y en las naturales) y del señalamiento de las líneas ideológicas que proyectan los intereses y sistema de valores de las naciones dominantes en los ámbitos de la economía capitalista. La desmitificación de la economía política clásica como una ciencia y como una ideología de la Inglaterra del siglo XVIII, ha permitido definir su carácter específico como teoría científica de una cierta formación histórica —el capitalismo— y de una cierta sociedad constituida como centro rector del sistema, así como también ha hecho posible descubrir las ideologías de dominación (a nivel nacional y a nivel de las relaciones internacionales de intercambio) y la trama íntima de la dependencia. La *teoría de la dependencia* no sólo ha constituido un primer eslabón de las ciencias sociales en los países dependientes (así como la *teoría de la explotación* ha sido el fundamento de las ciencias sociales y de la estrategia política de liberación correspondientes al proletariado y a las clases explotadas dentro de la sociedad capitalista), sino la fundamentación de las teorías, ideologías y políticas del *desarrollo independiente*. En esto consiste el papel asignado a la teoría científica y a la ideología en las ciencias sociales de América Latina, Asia o África. Se

⁸ *Op. cit.*, p. 283. "La ideología dominante cumple con una función práctica —dice Armando Matterlart, en *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente* (Signos, Buenos Aires, 1970, p. 26)—; confiere a un sistema social determinado cierta coherencia y una unidad relativa." "El *modus operandi* que caracteriza a la ideología es, en última instancia, hacer olvidar o silenciar las verdaderas fuerzas motrices, o en otros términos, hacer perder de vista los orígenes del orden social existente de tal manera que los individuos puedan vivirlo como un orden natural."

⁹ *Ideología y método en la ciencia económica*, Centroplan, Buenos Aires, 1968, p. 5.

¹⁰ "Science and Ideology", en *American Economic Review*, marzo de 1949, citado por Bledel, *op. cit.*, p. 6.

¹¹ Jean-Paul Sartre, *Materialismo y revolución*, Deucallión, Buenos Aires, 1954, p. 15.

¹² Lefebvre, *op. cit.*, p. 58: "La realidad social, es decir, los hombres y los grupos humanos en sus interacciones, produce *apariencias*, que más que otra cosa son ilusiones sin consistencia alguna. Estas apariencias son al modo de aparecer de las actividades humanas en el conjunto que constituyen en un momento dado: las modalidades de la conciencia."

¹³ *Op. cit.*, p. 61.

trata de una estructura y de un proceso del pensamiento crítico, determinados por una circunstancia histórica y por un compromiso.

Si no existen ciencias sociales puras, tampoco existen ciencias sociales *neutras*, ajenas a los sistemas valorativos, a la conciencia social y a la actividad que realizan los pueblos latinoamericanos, africanos o asiáticos, por modificar las estructuras que los han hecho atrasados, pobres y dependientes. El punto de partida de este nuevo proceso del pensamiento científico social latinoamericano es la desmitificación de las ciencias sociales que elaboran y exportan las naciones metropolitanas, como parte de su estrategia de dominación y colonialismo cultural. El primer mito que parece demolerse es el de la ciencia social pura, neutra, aséptica, sin ideología y sin compromiso, que oculta celosamente su sistema de valores y su pretensión de identificarlo con el *orden natural* y con lo *universal absoluto*. Esta posición crítica frente al mito de la ciencia social pura, no sólo ha sido definida por los teóricos marxistas, sino aceptada por los últimos grandes pensadores de la Europa occidental, como J. Schumpeter en *Ciencia e ideología*, Joan Robinson en su *Filosofía económica* y Gunnar Myrdal.¹⁴

A la desmitificación de las ciencias sociales articuladas a procesos de dominación social y dependencia externa, sigue la elaboración de unas ciencias sociales *comprometidas* con los procesos de *liberación social* y *desarrollo independiente*. No sólo han de ser ciencias sociales latinoamericanas —en cuanto expresan un proceso histórico, unas circunstancias de tiempo y espacio— sino ciencias *con* una teoría y *con* una ideología proyectadas hacia la *descolonización* y el *desarrollo desde adentro y desde abajo* de América Latina. Dentro de este contexto, la ideología no es sólo ese "conjunto menos sistemático de opiniones en materia económica que en cualquier tiempo y lugar domina en una opinión pública", de que habla Schumpeter en su *Historia del análisis económico*, ni una forma de alienación burguesa (tal como se desprende de algunos enunciados marxistas del siglo XIX), sino una *forma de la conciencia social* que expresa los valores, las aspiraciones y objetivos finalistas que se trazan las clases sociales y los pueblos en su lucha por transformar la sociedad y la historia. Es esta proyección hacia adelante —hacia el *querer ser*, hacia la imagen de la *nueva sociedad* y del *nuevo hombre*— lo que hace de la ideología una fuerza motora y un enérgico mecanismo de motivación de las fuerzas sociales protagónicas y conductoras de los cambios. La imagen de la *nueva sociedad* se configura de acuerdo con el sistema de valores y las aspiraciones de las clases: su naturaleza depende de los niveles de desarrollo de la conciencia social, pero su trama es fundamentalmente ideológica.

LAS GRANDES CATEGORIAS DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL MUNDO CONTEMPORANEO

Si la teoría científico-social es una estructura resultante de la aplicación de un método crítico a unos procesos determinados en el tiempo y en el espacio, desaparece la noción absoluta de

¹⁴ "¿La historia de la economía, no es acaso una historia de las ideologías?", se pregunta Schumpeter en su obra póstuma *Historia del análisis económico* (Fondo de Cultura Económica, México, 1944, pp. 34-35). La plena importancia del fenómeno político, agrega, "ha sido reconocido por la profesión un siglo después que Marx y Engels lo descubrieron y que usaron su descubrimiento en su crítica a la economía burguesa de su tiempo".

universalidad —noción vacía de sustancia histórica— y es remplazada por el concepto de *universalidad relativa y enteramente condicionada a una cierta formación histórica*. *Universalidad relativa* es, entonces, la que corresponde a formaciones históricas que se constituyen con una cierta coherencia, se identifican con ciertos sistemas de valores y funcionan dentro de unas ciertas reglas económicas, culturales, sociales y políticas. Estas formaciones son las que se definen, históricamente, como *sistemas*.

Desde esta perspectiva histórica, las ciencias sociales no constituyen ni pueden constituir un sistema único y universal, sino que se orientan de acuerdo a las grandes categorías del mundo contemporáneo *tal como realmente existe*, esto es, un mundo escindido no sólo en clases sociales, sino en áreas nacionales o multinacionales correspondientes a diversas formaciones históricas:

- a] ciencias sociales de áreas pertenecientes a formaciones capitalistas plenamente desarrolladas (capitalismo monopolista);
- b] ciencias sociales de áreas comprendidas en recientes formaciones socialistas; y
- c] ciencias sociales características de los países atrasados y dependientes, bien sea que éstos se encuentren anclados en arcaicas fases coloniales o en modernos ciclos de neocolonialismo y dependencia.

La primera categoría es la que corresponde no sólo a los tipos desarrollados de formación capitalista (capitalismo monopolista de Estado), sino a las naciones que concentran un poder hegemónico y orientan su estrategia hacia la conservación —directa o indirecta— de las estructuras de dominación y dependencia. No es una circunstancia fortuita la de que el *gran centro ideológico* del mundo capitalista haya sido Inglaterra —en los siglos XVIII y XIX— y hoy lo sea Estados Unidos sobre todo después de la primera guerra mundial; y la de que el liberalismo económico tenga el rango de ideología ritualizada y oficial de los dos sistemas imperiales. En uno u otro caso, la hegemonía "mundial" (sobre el respectivo circuito político del mundo capitalista), sólo ha podido conquistarse y conservarse mediante la combinación de tres elementos, para mencionar los de carácter más esencial y estratégico: *el poder económico*, *la potencia militar* y *la ideología*. Sin la ideología —expresada y propagada a través de las ciencias sociales, de la antropología, de la sociología, de la teoría política, de la geopolítica o de la estrategia— no podría mistificarse la estructura de las relaciones internacionales fundamentada en la dependencia, ni podría encubrirse la estructura de la dominación social sustentada en el funcionamiento institucionalizado de un sistema de clases antagónicas.

El liberalismo económico es, por antonomasia, la ideología en que amparan su poder tanto los "conglomerados" y estructuras monopólicas de la nación metropolitana, como las formaciones corporativas a través de las cuales funcionan las oligarquías burguesas y latifundistas de los países atrasados y dependientes: unas y otras se identifican en la defensa irrestricta de la "soberanía de la empresa privada" y en el desmantelamiento de las estructuras defensivas del Estado, orientados hacia la redistribución, la regulación, la gestión económica o la conducción del desarrollo. Dentro de los marcos del capitalismo dependiente, el Estado debe caracterizarse como una estructura liberal frente a la propiedad, los capitales, el mercado y los dividendos y como una estructura absolutista frente a las personas, la representación, la acción política y las demandas de participa-

ción de las masas urbanas y rurales. La fórmula clásica en América Latina es la de *liberalismo económico* y *absolutismo político*, en la que se plasma y articula la ideología de la nación hegemónica y de las oligarquías controladoras del poder en los países latinoamericanos.

La segunda categoría es la que responde a un sector del mundo en el que se han provocado profundos cambios estructurales —hacia adentro y hacia afuera— y en el que los pueblos han afirmado su voluntad de actuar sobre la naturaleza y sobre la historia, aplicando unos esquemas socialistas de organización social y desarrollo armónico desde abajo y desde adentro. Toda la teoría científica social de las áreas del mundo articuladas a una formación socialista, está impregnada de las nuevas ideologías y los nuevos sistemas de valores —del proletariado, del campesinado, de las clases medias, de las *élites* revolucionarias— cuyo “centro de interés” no radica en el oscurecimiento o mistificación de las relaciones sociales —a cualquier nivel histórico— sino en la necesidad de su radical esclarecimiento: sólo en la medida en que la realidad social e histórica se haga *transparente*, estas formaciones socialistas podrán acercarse a las imágenes de *la nueva sociedad* y *del nuevo hombre*. La ideología —dentro de este contexto histórico— es una fuerza motivadora y que se apoya en propósitos de desmitificación y esclarecimiento de los procesos sociales, a nivel del “mundo” o a nivel de la más simple comunidad humana. “En esta situación —al decir de Lefebvre—¹⁵ una ideología inspirada en el marxismo, puede examinar las relaciones entre esos términos mal distinguidos que son la ideología y el conocimiento, la utopía y la previsión del futuro, la poesía y los mitos. Debe retomar este examen crítico, cuyas constelaciones cambian sin cesar.”

La tercera categoría es la que corresponde a las ciencias sociales en los países atrasados y dependientes, en los que coexisten, dinámicamente, formaciones propias del moderno capitalismo monopolista, relaciones señoriales y formas arcaicas de economía recolectora, así como la organización política del Estado y una compleja trama de relaciones de dependencia que va desde el *enclave colonial* hasta las formas más modernizadas del capitalismo dependiente (colonialismo tecnológico y cultural, extranjerización de las industrias básicas, comercio exterior basado en la exportación de productos primarios y en la importación de bienes de capital e insumos industriales de una elevadísima densidad de valor, tendencia al déficit crónico y acumulativo en las relaciones internacionales de intercambio, necesidad del creciente endeudamiento externo para financiar el desequilibrio estructural de la balanza de pagos, transformación de los países dependientes en exportadores netos de capital y de una *élite* científico-técnica a la nación metropolitana).

Los dos mayores obstáculos al desarrollo de este tipo singular de ciencias sociales consiste en que, de una parte, el atraso y la dependencia —en América Latina, Asia o África— no sólo existen en la órbita de lo económico o de lo político, sino también en el plano de la cultura y de la conciencia social; y de otra parte, todavía predominan, en las llamadas *élites* intelectuales de tipo tradicional, las formas escolásticas o prerracionalistas del pensamiento social y filosófico. En este contexto histórico, las ciencias sociales de los países dependientes no constituyen un cuerpo autónomo sino un simple trasplante de piezas integradas a la cultura y al sistema de valores de la nación metropolitana. La economía política, la sociología, la antropología, la teoría política, se exportan desde el centro a los países de la periferia del sistema, en procura de su identificación ideológica con la nación y las clases que ejercen la hegemonía

(a nivel del sistema o a nivel de los países dependientes). Estos constituyen los sutiles engranajes de una alienación que se produce a través de la teoría científica que elaboran, refinan, especializan y arman de un enorme aparato documental, los centros rectores de la nación metropolitana.

La ausencia de autonomía y de fundamentación crítica de las ciencias sociales en los países dependientes explica su formalismo extremo, su inocuo virtuosismo, su sectorialización en comportamientos, su apego a dogmas y supersticiones, sus tendencias ritualizadas y retóricas, así como la carencia —casi absoluta— de investigación científica y tecnológica. La carencia de investigación sistemática es, simultáneamente, efecto y causa de los fenómenos de colonialismo en los planos de la cultura y de la ideología. La dependencia genera dependencia en las órbitas conexas de la economía, de la política o de la cultura. Se explica así el que la “ciencia oficial” de los países latinoamericanos se alimente de ciertas supersticiones como la de que el desarrollo sólo puede ser efecto de la ayuda norteamericana, la de que el atraso es una fatalidad histórica de los países tropicales, la de que el comercio internacional está regido por principios de igualdad y de libre competencia, la de que la propiedad privada sobre los medios de producción tiene el rango de una categoría de “derecho natural” y la de que el Estado, por serlo, es el “peor de los administradores”. En última instancia, se explica el que estas ciencias sociales —elaboradas y exportadas por la nación metropolitana— constituyen un complejo y articulado sistema de *racionalización de la dependencia*: desde luego, también se explica la crisis histórica de estas ciencias sociales (en cuanto están afectadas por una incapacidad radical para diagnosticar y resolver ninguno de los problemas estructurales que definen la naturaleza del atraso y la dependencia) y el carácter revolucionario de los científicos sociales que han roto con la “ciencia oficial”, han desencadenado el proceso de desmitificación de las teorías metropolitanas y han sentado las bases críticas para la elaboración de una *teoría latinoamericana del atraso, la dependencia y del desarrollo*.

Esta teoría latinoamericana del desarrollo —que racionaliza y universaliza los intereses, proyectos, aspiraciones y líneas ideológicas de los pueblos latinoamericanos— es el soporte de una verdadera, nueva y audaz *estrategia del desarrollo*: pero lo fundamental de esta teoría del desarrollo es que se apoya en una teoría estructural de la dependencia. Lo que equivale a decir que el punto de partida de una estrategia de desarrollo independiente, es una conciencia crítica de los estados de dependencia y de la relación de fuerzas estratégicas a nivel no sólo de áreas, regiones o hemisferios, sino del universo como totalidad pluralista.

Dentro de estos marcos históricos y conceptuales, las ciencias sociales en América Latina —o en Asia y África— revisten la naturaleza de ciencias sociales del desarrollo, vale decir, de ciencias que no sólo proyectan una formación histórica, una realidad específica, unos procesos definidos en el tiempo y en el espacio, sino una *decisión de desarrollarse*, desde adentro y desde abajo, afirmando la voluntad de ser, el anhelo de autodeterminación, la facultad de remover los obstáculos estructurales —de adentro y de afuera— la capacidad energética de movilizar, hacia la Tierra Prometida, todos los recursos humanos, físicos, tecnológicos, culturales o financieros integrados al esfuerzo interno. Son, en consecuencia, ciencias sociales integradas y armadas de una teoría crítica y desmitificadora, así como de una ideología comprometida en las luchas latinoamericanas contra la dominación y la dependencia. Es esta perspectiva la que ha de convertir la teoría de la dependencia, de una doctrina herética, en la más trascendental categoría analítica de las ciencias sociales latinoamericanas.